apareció á poco en el puerto en compañia del Venerable Bartolome Ruis y los Santos hermanos laicos, Francisco y Gonzalo en medio de los vivas de toda la multitud y los saludos del gobernador que tomándole de la mano y deteniéndose con el algunos momentos hablándole en secreto le acompañó á la nave junto con todos los dignatarios de la corona. Embarcados ya los Santos Religiosos, saludaron al pueblo reunido en la rivera, y recibiendo antes los honores militares de la guarnicion colocada en órden de batalla, levaron las anclas de las naves que iba mandando como capitan el caballero Pedro Gonzalez de Carbajal. Fué entonces general la conmocion; todos, pequeños y grandes, nobles y plebeyos, hombres y mugeres victoreaban desde la bahia á los Santos embajadores, pidiéndoles, llorando de ternura, que los bendijesen otra vez desde el mar antes de partir para extraños paises. Ninguno dejaba de admirar á aquellos hijos de San Francisco tan humildes á la vista, y tan intrépidos y valerosos que debian muy pronto con la sola palabra de caridad amanzar á un emperador tan inquieto y soberbio. Así es, que el mismo Virey Gomez Perez de Marina, aunque no menos conmovido que los demás para no hacer mas larga la demora y saludados por la última vez á los Santos misioneros y al embajador Faranda Khiemon que se hallaba con ellos, á bordo dió la órden de la partida. Entonces en medio de los clamores y vivas de la muchedumbre, mezclados con el sonido de las campanas y la salva de los cañones que tronaban por todas part es, el capitan Pedro Gonzalez de Carbajal hizo desplegar las velas y zarpó en nombre de Jesucristo. Esto sucedió el dia 26 de Mayo del año de la Encarnacion del Verbo 1593

CAPITULO V.

Los Franciscanos en el Japon.

Navegando hácia el Japon los santos Embajadores Pedro Bautista comisario, Bartolomè Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, tuvieron vientos en todo propicias y favorables por algunos dias. Pero llegados á alta mar, los invadió una tempestad tan tremenda cual ninguna otra de que pudiera hacerse memoria. Muchas veces la nave á cuyo bordo se hallaba el santo comisario, estuvo al punto de quedar sumergida por las olas con grande espanto de los marineros y del mismo Pedro Gonzalez de Carbajal aunque era tan experto en el arte de la navegacion. Solo Pedro Bautista, inmóbil y tranquilo en su camarote, miraba la tormenta como si ningun peligro le amenazara; y así era en verdad. Porque el santo religioso, cierto en su interior de que aquello no era otra cosa que el último esfuerzo del espíritu maligno, levantó al fin la mano, y hecha la señal de la santa cruz sobre las aguas, mandó al mar que se sosegara. Y ¡oh milagro! Al momento desaparecieron las hinchadas olas y desapareciendo la tormenta, serenóse el cielo volviendo el mar á su primera tranquilidad. Grande fué el asombro de todos á vista de tal prodigio obrado por Dios por la intersecion de su humilde siervo, especialmente del capitan Pedro Gonzalez, que admirando grandemente en ese portento el poder de la fé católica, tributaba al Señor Dios del cielo y de la tierra sumas alabanzas en lo íntimo de su alma. Ni este milagro fuè obrado una sola vez San Pedro Bautista, sino que tantas veces se renovó cuantas el mar volvió á enfurecerse, hasta que despues de treinta dias de navegacion, llena de peligros, trabajos, molestias y padecimientos de todo género, echaron áncoras en el puerto de Firando, donde poco despues tomaron tierra.

Nada diremos aquí de las fiestas que hicieron aquellos fieles de Jesucristo luego que supieron la llegada de los santos misioneros. Todos se agolpaban á verlos de cerca, maravillados de su vida tan enteramente apóstolica y especialmente de la santidad que brillaba en el rostro de

Pedro Bautista. Los mismos gentiles reunidos en gran número, quisieron festejarlos del modo que usaban. Entre tanto, el P. Pedro Gomes, Superior de la Compañía de Jesus en el Japon, sabido el desembarco de los Franciscanos en Firando mandó al punto dos de los religiosos de su órden, para que los saludasen de su parte y les prodigaran todo género de auxilios. Pero en medio de todas estas muestras de estimacion y cordial afecto, el corazon de S. Pedro Bautista no estaba ni podia estar tranquilo. Porque es de saber, que la nave á cuyo bordo estaban los santos hermanos Gonzalo Garcia y Francisco de S. Miguel juntamente con el Embajador Faranda Khiemon, combatida por diversos rumbos de la tempestad, poco á poco se fué alejando de la otra, mandada por el capitan Pedro Gonzalez de Carbajal en persona y que perdida enteramente de vista, no se tenia la menor noticia de ella. Así es, que Pedro Bautista y Bartolomé Ruiz desembarcados en Firando, la estuvieron aguardando muy aflijidos durante un mes en una casa inmediata al Puerto, hasta que por favor de Dios llegó á sus oídos que habia felizmente abordado en Nagasachi de donde partiéndo á poco, se reunió á la que estaba anclada en Firando. Entonces, reuniéndose en consejo los cuatro misioneros determinaron despachar ante todo á Faranda Kiemon y á Pedro Gonzalez de Carbajal á Nangoya, donde por aquellos dias residia el Emperador Taicosama Quabacundono, para que le llevasen los regalos de parte del Virey de las Filipinas, avisándole al mismo tiempo del arribo de los Embajadores Franciscanos. Y así se hizo; pero mientras Faranda y Gonzalez hacen su viaje á Nangoya, justo será referir á nuestros lectores, algo sobre la vida de los Santos Pedro Bautista, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, segun lo que tenemos ofrecido, bastando haber dicho en lo respectivo al venerable Bartolomé Ruiz, haber ya ilustrado el país de la Conchinchina fecundándola con sus sudores apostólicos. Comenzemos pues por el santo comisario de aquella pequeña pero valerosísima escuadra seráfica.

Fueron los padres de S. Pedro Bautista, Pedro y María Blazquez de una de las mas nobles familias de Castilla la vieja en España, y nació en la villa llamada de San Estevan de la Diócesis de Avila. Prevenido desde muy temprano por la gracia y dotado por la naturaleza de buenas inclinaciones, deds lsoeprimeros años de su juventud, dió muestra de aquellos buenos presagios, que el tiempo confirmó despues. Habiendo estudiado Gramática y bellas letras en Avila pasó en seguida á aprender Teología en la célebre y antigua Universidad de Salamanca, donde reuniendo á su claro ingenio una profunda aplicacion, produjeron en él sus estudios tan bellos frutos que formaban el consuelo y dulce esperanza de sus padres que desde la tan corta edad de su hijo se prometian de él grandes cosas en el mundo. Mas el ardiente y jóven corazon de Pedro Bautista aspiraba á cosas mas grandes y sublimes. Penetrado anticipadamente del espíritu de Dios, no tardó mucho en reflexionar que todo es aquí abajo vanidad, y yerra grandemente, el que coloca su dicha en los fugaces bienes de esta miserable tierra. Por lo mismo, decidido á abandonar las riquezas de sus padres para correr en pos de la sublime locura de la Cruz, abrazó en la fresca edad de veinte y dos años, el instituto del gran Patriarca de los pobres, San Francisco de Asís, profesando su regla el año de gracia de 1567 entre los observantes descalzos de la Provincia de San José en el rígido Convento de San Andrés del Monte de la ciudad de Arenas. Desprendido de esta manera de los lazos del mundo, con aquella alegría del corazon que hace conocer tan bien que es enteramente divina la vocacion religiosa, y cumplidos los estudios en diversos conventos de la órden, fué nombrado á poco predicador y despues lector primero de Filosofía y luego de Teología, con sumo provecho de las almas y de los afortunados jóvenes que lo tuvieron de Maestro, los cuales, como dice el Venerable Marcelo de Rivadeneida, fueron posteriormente el mas bello lustre de la Ceráfica Provincia de San José. Fué igualmente, Guardian de varios Monasterios de su Provincia, oficio que ejercitó mas bien como Padre que como superior. Y puntualmente era Guardian del Convento de Mérida en Estremadura, cuando el año de 1580 llegó allí el gran siervo de Dios Fr. Antonio de San Gregorio, que se dirijia á las islas Filipinas con intencion de establecer en ellas una mision franciscana. Pareció ésta á Pedro Bautista una bella ocasion para dedicarse enteramente al provecho espíritual de sus hermanos necesitados; y movido por lo mismo en el corazon del espíritu de Dios, quiso ser su compañero en las fatigas del Apostolado, y con la licencia de sus superiores abandonó la España embarcándose en solicitud de almas que convertir á Cristo.

Pero llegando á las costas de México, se detuvo alli y entregándose á la predicacion del Evangelio recorrió casi todas las provincias de este vastísimo territorio con tantas ventajas espiritules de las almas, que se adquirió muy pronto el nombre del nuevo y mas grande de sus apóstoles. A los tres años de su residencia en ese pais, recibió órden de los superiores de proceder allí á la fundacion de una provincia franciscana con el título de San Diego, y sugetándose á la santa obediencia, se dedicó á llevar á efecto aquella empresa con increible celo en desempeñar la alta mision que se le habia confiado erigiendo en poco tiempo tres conventos que proveyó despues de muy fervorosos é infatigables religiosos. En seguida pasó á Michoacan á fundar otro Monasterio, el que concluido con la misma facilidad regresó á México, de donde en fin partió en 1583 para las Islas Filipinas, á las que ya habia llegado anticipadamente la fama, de sus grandes virtudes. Habiéndo arribado á Manila fundó otro convento bajo el título glorioso de San Francisco del Monte; al que retirándose despues y ocultándose por algun tiempo de la vista de todos, no pensó en otra cosa, que en levantar su espíritu á la esfera de las celestiales contemplaciones.

Una alma tan grande no podia permanecer escondida por mucho tiempo en el silencio de una oscura celda. El debió salir de ella, especialmente cuando reunidos sus hijos en capítulo en 1586 le eligieron por su supremo pastor, y durante su oficio, edificó muchos conventos especialmente á lo largo de la rivera de Bai y en la basta Provincia de Camarinis. Entregóse muy pronto el Santo al Apostólico ministerio, recorriendo siempre á pié desnudo todas las Islas de aquel vasto Archipiélago, para todo lo cual fué un verdadero ángel tutelar y una verdadera bendicion del cielo. Imposible es tener palabras con que referir los frutos de vida eterna que recogió en pocos años este gloriosísimo Apóstol en aquellas afortunadas Islas. Pero para conocer de alguna manera el grado de santidad á que habia llegado nnestro Pedro Bautista, bastará solo esta relacion. Hablando una vez de él Fray Miguel de Benavides, religioso dominico, digno Obispo entonces de la nueva Segovia y despues Arzobispo de Manila, llegó á decir: "Si estuviera en mis manos la eleccion de "Sumo Pontífice, al momento elegiria al Padre Fray Pedro Bautista; "porque soy de parecer que así como ahora es la mas firme columna de

"esta nueva cristiandad, así seria apto para regir á toda la Iglesia de "Jesucristo" Y con todo, tenia tan bajo concepto de sí mismo, que se juzgaba la criatura mas indigna de la tierra y el hijo mas abyecto del Seráfico Padre, por lo que no habia ejercicio alguno por abatido que fuese, al que no se dedicara de propósito, ni hombre por pecador que fuera, á quien no se encomendase de corazon para implorar la misericordia de Dios en sus faltas. Tan obediente ademas, que reputaba por culpa no sugetarse á ningun mandato aunque emanase del mas humilde lego.

Tampoco hubo otro que con mayor libertad apostólica reprendiese publicamente los vicios de los grandes y las depravadas costumbres de los poderosos del mundo. Predicando una vez contra los malos tratamientos y tiranía que hacian sufrir á los pobres indios sin mas causa que ser vasallos, usó de palabras tan francas y libremente apostólicas, que dejó sumamente ofendido y mortificado á un gobernador, quien aunque aconsejado de un perverso adulador de su corte á deshacerce del predicador le respondió que ninguno otro le habria hablado así, si Pedro Bautista no fuera un santo. Ni la fama de sus virtudes quedó encerrada en solo aquellas Islas; sino que dando vuelta al mundo llegó á la córte de Felipe II, rey de las Españas, á quien habiéndosele presentado una favorable ocasion, lo nombró Obispo de la nueva Caseres ó Camarinis. Pero Dios que tenia sobre él muy diversos designios, dispuso que ya hubiera pasado de las Filipinas al Japon donde le esperaba una corona mas brillante y gloriosa.

Ni fué tan solamente Pedro Bautista Santo é Ilustre por los muchos milagros que obró aun en su vida, sino tambien doctísimo especialmente en las ciencias divinas, escribió varios opusculos, y el principal de todos el que tiene por título *Consultationem moralem regularem*, que se conservaba manuscrito en el convento de San Andres de Arenas, donde habia tomado el habito de los Menores y del que habla el docto Padre Jacinto Sbaraglia. Y baste por ahora lo dicho de él: pasemos ahora al Santo Fray Francisco de San Miguel.

Nació este Apóstol de Jesucristo en el pueblo, llamado la Parrilla de la Diócesis de Palencia á poca distancia de Valladolid en Castilla la vieja, fueron sus dichosos padres, Francisco de Andrata y Clara de Arco, ambos de respetables familias así por la nobleza de su cuna como por

sus cristianas virtudes, en las que pusieron todo empeño en educar desde su niñez á su hijo. De aquí provino que el pequeño Francisco, tanto por la santa educacion recibida de sus padres, cuanto por la dulcísima índole de su alma, desde los primeros años de su edad era mirado como el mas amable y agraciado jovencito de toda Castilla; donde no habia alguno que no lo amase mucho y se sintiese inclinado é su persona solo con verlo, por su bellísimo ingenio, tierno y espasivo corazon y compostura en todas sus maneras. Brillaba en sus ojos tal candor y modestia, que junto con el atractivo de la edad, lo hacia parecer no hombre sino ángel bajado del cielo. Sentia tan bajamente de sí, que admiraba aun á las personas mas provectas y ejercitadas en las virtudes. Nada diremos de su docilidad y sumo respecto que tenia á sus padres y veneracion que siempre profesó á los eclesiásticos. Sus palabras eran de singular gracia y suavidad, tanto que ninguno observó en él la mas pequ eña cosa que desagradára. Faltan espresiones para manifestar la pureza de afectos conque su jovencita alma daba adoracion á Dios su Creador y veneraba á la dulce reina de los cielos María, á la que desde muy pequ eñito habia con sagrado enteramente su corazon. Frecuentaba con mucha continuacion las Iglesias, pasando muchas horas en deshogar su devocion ante de Jesus Sacramentado; para conocer el profundo horror que sentia á toda clase de pecados, bastará decir que por todos era llamado con el titulo de "El niño de la pura conciencia"

Una alma prevenida tan anticipadamente de la gracia de Dios, no podia dejar de procurar escapar de los lazos que de tantos modos tiende á la virtud el enemigo de todo bien. Apenas habia cumplido los diez y seis años de edad, cuando resolvió Francisco volver las espaldas al mundo y refugiarse en la Sta. Religion de los frailes menores observantes de la Provincia de la Inmaculada Concepcion; profesando la regla franciscana en 1560 en el rígido comvento de Calahorra en calidad de simple lego aunque muy delicado en su constitucion y no poco instruido en las letras; tanto así habia penetrado el sentimiento de la santa humildad en su alma! Alli moró tres años con una vida muy penitente y devota, hasta que fué mandado á habitar en el santuario de Abrojo, que honrró con el ejercicio de las mas bellas virtudes, especialmente de la pobreza que amaba sumamente y que frecuentemente veneraba en la desnudez de nues-

tro Crucificado Señor. Fué tan limpio en su alma y tan en extremo amante de la santa pureza, que jamas fijó la vista en ninguna muger por nada de este mundo. Aspirando á mayor perfecion pasó en 1567 de la Provincia de la Concepcion á la mas austera de los descalzos, llamada de S. José; á donde habiendo llegado en el mismo año, el mencionado gran siervo de Dios Fray Antonio de S. Gregorio á solicitar religiosos que conducir á las Filipinas, se unió al mismo y partió en compañia de S. Pedro Bautista para México, en cuya Capital permaneció de órden de los superiores. Encomendado Pedro Bautista de la fundacion de la nueva Provincia de S. Diego como se dijo arriba, le ayudó mucho Francisco haciendo frecuentes y dilatados viages, siempre descalzo, no sin sufrir continuos trabajos y privaciones de toda clase, pero siempre, con admirable constancia y heróica paciencia, especialmente en el pais de los Chichimecas barbaros y feroces salvajes, que en cumplimiento de la santa obediencia tuvo que recorrer enteramente, y donde padeció graves insultos, contumelias y villanias. Habiendo pasado en 1583 de México á las Islas Filipinas en compañia del mismo S. Pedro Bautista, fué enviado por sus prelados, aunque lego y en un todo ignorante de la lengua del lugar, á evangelizar la vasta provincia de Camarinis. Llegado allí, obró tantas conversiones y recogió tantos frutos en provecho espiritual de aquellos pueblos idolatras, que fué visto como milagro por todos, religiosos é indigenas. Y lo fue verdaderamente; porque no una sino multitud de ocasiones se le oyó predicar el santo nombre de Dios en la lengua de los Camarinis con tanta precision, exactitud, soltura y propiedad de palabras, que asombraba á los mismos naturales, quienes llegaron á confesar públicamente que ni aún á ellos mismos seria facil hablar tan bien en el idioma de su propio pais.

Hallábase una vez Francisco en compañia de un sacerdote de su órden en una Iglesia dedicada á Señor San José á quien profesaba la mas cordial devocion. Vínole deseo de predicar las glorias de este gran patriarca y pidió para ello licencia al ministro de Dios, quien le contestó que de muy buena gana se lo permitiria si supiese la lengua Bicol ó de Camarinis. A lo que respondió Francisco: "Déjame hacer á mí, hermano y no te turbes por esto; porque no faltará á Dios modo de desatar mi lengua de la manera que mas le agrade" Lo que oyendo el sacerdote le con-

cedió la licencia; y Francisco en medio de una gran multitud de cristianos reunidos para asistir á la misa, hizo el elogio del santo y de su inmaculada María con tal fervor y celo, con tan escogidas frases y propiedad de expresiones quedando todos tan absortos y maravillados, que clamaron á una voz que no él sino el Espíritu Santo habia hablado por su boca. Ni dejó Dios de ilustrar la predicacion de este su siervo fiel con otros frecuentes milagros. Una vez (y baste este por todos) viviendo en la misma provincia de Camarinis, le noticiaron los cristianos que una muger idólatra se hallaba al punto de morir sin querer decidirse por mas instancias que le hicieron á recibir el Santo Bautismo. Francisco corrió al momento al lugar donde se hallaba aquella miserable, á la que encontró casi en agonia; pero movido del espíritu de Dios le abrió con una mano la boca y con la otra hizo sobre ella la señal de la santa Cruz. La muger con sumo asombro de los circunstantes sanó al momento, y las primeras palabras que habló fueron estas: "Dadme el santo Bautismo!

De la Provincia de Camarinis fué mandado Francisco á Manila, donde ejercitó por algun tiempo el oficio de portero, y en seguida pasó á ayudar al venerable Fray Juan Clemente en el cuidado del Hospital que los menores habian fabricado inmediato á su convento, en beneficio de los pobres de aquella ciudad; oficio que ejercitó con tanta caridad y amor que dejó á todos admirados. Por último pasó al Japon en compañia de Pedro Bautista donde Dios le preparaba la corona del martirio en premio de sus apostólicas fatigas. Pasemos ahora á la vida de San Gonzalo Garcia.

En el año 1557 nació Gonzalo en Bazain, ciudad grande de la India oriental, y propiamente del reino de Decan, á ochenta leguas de Goa, perteneciente á la Corona de Portugal, que la conquistó en 1534, despues de la terrible guerra sostenida contra las armas del feroz Maralá: fué su padre portugues de nacion, su madre natural de las islas Canarias, ambos de noble cuna y fervorosos cristianos. Salido apenas de la infancia, fué dedicado á los estudios en el colegio de los Jesuitas, donde muy pronto se adquirió fama de un jóven no solo de claro ingenio, sino tambien de suave índole y santas costumbres. Aun no cumplia los quince años de edad, cuando abandonando su patria se embarcó en compañia de algunos misioneros en un navio que se dirigia al Japon, al que habiendo arribado en 1572, se ocupó con empeño en el

comercio, aunque no tanto que pudiese en él mas la sed del oro, que atesorar bienes incorruptibles para el cielo. Así es que fastidiándole muy pronto su ejercicio, lo abandonó enteramente y aprendiendo con perfeccion la lengua Japona al grado de creersele nativo de esa tierra, mas bien que extrangero, se unió á los padres misioneros de la compañia de Jesus sirviéndoles de catequista en sus predicaciones apostólicas. Indecibles decir el celo con que se dedicó Gonzalo á desempeñar este oficio tan delicado y los bienes que con el hizo á aquellas infelices poblaciones como presagiando lo que mas tarde debia ocurrirle en esas mismas tierras. Muchas veces entró en disputa con los Bonzos ó sacerdotes de los ídolos sobre muy importantes puntos de religion, quedando siempre victorioso en grandes y frecuentes concursos de cristianos y gentiles; lo que indujo á multitud de idólatras á abandonar el culto de las falsas divinidades para adherirse á sus palabras abrazando la santa religion de Cristo. Cuéntase entre otros sucesos, que una familia muy noble y rica se hallaba presente á una de estas disputas, y viendo á los Bonzos vacilar, ó mejor dicho confundidos por los argumentos de Gonzalo, darse en fin por vencidos y huir llenos de vergüenza, tocada de la gracia de Dios se convirtió toda entera pidiendo al instante el Bautismo.

Otras muchas cosas y todas maravillosas, obró Gonzalo en el Japon en servicio de Dios y provecho espiritual de aquellos pueblos cristianos, que por lo mismo lo tuvieron siempre en grande estimacion, venerando su nombre como el de un verdadero apóstol de Jesucristo, hasta que despues de ocho ó diez años, dejando aquel país, se embarcó de nuevo para las islas Filipinas, en las que se detuvo algun tiempo edificando á todos con la santidad de su vida. Ultimamente, llegado á Manila y recordando aquellas palabras de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo á los pobres" Aplicándolas como dichas á su persona, distribuyó á los mismos cuanto aun poseía y en 1587 vistió el penitente habito de San Francisco en el convento de observantes descalzos de la espresada ciudad, titulado de Santa María de los Angeles. Un año despues y en que contaba treinta y uno de edad, profesó con grande gozo de su alma en manos de S. Pedro Bautista custodio en esa época y con el que debia posteriormente conseguir la palma del martirio.

Por algunos años pasó una vida muy penitente y mortificada en el

mencionado convento de Manila, y de allí en el hospital de la ciudad; donde por su heróica caridad en socorrer á los pobres enfermos especialmente á los extrangeros los mas abandonados de todos, se adquirió generalmente el nombre de Santo. En fin, los designios inescrutables de la Providencia, le llevaron nuevamente al Japon, lugar preparado por Dios para mayores triunfos de la fé. Baste lo dicho para la integridad de esta historia pues ya es tiempo de reanudar el hilo de los sucesos.

Llegados pues Faranda Khiemon y Pedro Gonzales de Carbajal á Nangolla, ciudad muy grande y de mas de cien mil habitantes á tres leguas de Firando, y presentados á Taicosama Quavacundono, le ofrecieron los regalos de parte del virey de las Filipinas anunciandole juntamente que cuatro religiosos de la órden de S. Francisco enviados por el mismo como embajadores, habian desembarcado en Firando, donde esperaban sus órdenes. Oido esto por el emperandor, se alegró sumamente y llamando á su presencia ó dos grandes del reino, les mando se fuesen al punto á aquella ciudad, á fin de saludarlos de su parte, honrarlos conforme á su grado, acompañarlos á Nangoya y conducirlos ante su trono. Y así se hizo. Pero los santos misioneros no admitiendo los precioso, vestidos y las ricas cabalgaduras que para mas honrarlos les mandaba el emperador Taicosama, quisieron mejor hacer el viaje á pie segun el espíritu de la regla [franciscana, con gran sorpresa y admiracion de los mensageros que los acompañaban. Los ciudadanos de Nangoya sobre todo, acudian de todas partas á verlos, maravillándose no poco y no pudiendo persuadirse á su llegada, que hombres tan pobres á la vista fuesen los embajadores de un tan gran señor como Felipe II Rey de las españas. Y sin embargo, Dios en sus inesplicables consejos habia dispuesto que esos pobres religiosos descalzos consiguiesen un solemne triunfo sobre el corazon del mas fiero tirano, que acaso habia entonces en el mundo; manifestando así para nuestra enseñanza, que la Providencia acostumbra siempre eligir manos puras é inocentes para obrar grandes cosas en beneficio de los mortales.

Sabedor Taicosama de que los embajadores de las Islas Filipinas se hallaban proximos á Palacio, reunió á todos los ministros de Estado y príncipes de la corona, y rodeado de ellos subió en un alto y riquísimo

trono y allí los esperó en medio de un gran concurso del pueblo. Llegados los religiosos á su presencia, llenaron de asombro á aquel soberbio emperador del Japon, que á decir verdad, quedó por un momento fuera de si á la vista de aquellos franciscanos descalzos, ceñidos de una cuerda y sin mas ropa que un grueso y pobre sayal de lana. Pero á poco, como si Dios en aquel instante le hubiese manifestado la elevada santidad que se ocultaba bajo aquellas pobres ropas, tomó de aquello un motivo de grande edificacion, así es que dando en voz alta las gracias á Faranda Kiemon de haberlos conducido á su reino, esclamó con universal sorpresa, "Estos son los verdaderos caballeros de Dios." Y acogiéndolos segun las costumbres de los japones, hizo señal á Pedro Bautista, como á Gefe de la embajada, para que expusiese los motivos que lo habian llevado al Japon. Entónces, poniéndose en pie Pedro Bautista junto con en el santo Fray Gonzalo su intérprete, acercándose al trono é inclinándose profundamente, ante el emperador, respondió de ésta manera: "Gomez Perez de Marina, gobernador de Manila Virey de las Filipinas, á nombre suyo y de nuestro Rey Felipe II. poderoso Monarca de Castilla y de Leon nos envia á tí Señor, como á sus embajadores, no solamente con el fin de saludarte y rendirte los homenajes que corresponden á tu alta magestad, sino tambien, que si verdaderameute deseas tú ser su amigo, lo desea él igualmente de todo corazon, como te dignes celebrar alianza con el. Pero para conocer mejor la voluntad de mi Señor, he aquí la carta que te remite por nuestro conducto;" y se la presentó Taicosama quien tomándola de las manos de Pedro Bautista, con alegre semblante la leyó en presencia de todo aquel concurso.